

PQ 2207

56
1268



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



Madrid : 1888. — Imp. de A. Pérez : Flor Baja , 22.

ROBERTO BURAT

I.

Roberto Burat estaba considerado en el colegio de Enrique IV como uno de los mejores discípulos, una notabilidad, uno de los que obtienen los primeros premios en los concursos generales, y cuyo nombre es un reclamo en las columnas de los periódicos noticieros cuando llega la apertura del curso. Era muy querido, á pesar de su carácter sombrío y triste, y sin embargo no tenía un verdadero amigo; su manera de ser, algo brusca, era igual para todos sus compañeros, y no había elegido aún entre ellos el confidente íntimo, el más esencial y querido depositario de esos secretos infantiles que pesan en el corazón de la juventud como las amarguras del alma y las decepciones en la edad madura.

Roberto era, además, un joven extraño, pálido, desagradable, de mirada muy viva y

brillante y de aspecto un tanto salvaje, aunque de alma delicada y sensible. En su fisonomía inteligente y de líneas puras llevaba ya marcada la huella de un sufrimiento profundo, y de ordinario una arruga de tristeza aparecía entre sus cejas. ¡Doloroso surco, que se avenía mal sobre una frente de diez y seis años!

Se complacía en estar solo, y aprovechaba cuantas ocasiones se le ofrecían de estarlo, considerándose muy dichoso con emplear en el estudio las horas señaladas para el recreo. Entonces su pecho parecía dilatarse con más libertad; cogía un libro, y leía ó llenaba febrilmente algunas páginas de un pequeño cuaderno, que ocultaba luego con mucho cuidado en el fondo de su pupitre. Este cuaderno consolaba y fortificaba á la vez á Roberto; sus pobres hojas reemplazaban para él á los compañeros que desdeñó, ó que no había encontrado. Cuando quería sufrir algo menos, — ó más, ¡quién sabe!, —abría el cuaderno, lo releía, y se paraba á meditar.... Todo esto se sabía entre sus condiscípulos; pero ignoraban por qué Roberto tenía tanto empeño en conservar el amargo cariño que mostraba á la soledad. Parecía atacado de algún dolor sordo la mayor parte del tiempo. Las suposiciones comenzaban á mostrar sus garras, y de aquella multi-

tud de jóvenes cerebros, maduros ya para el mal, nacieron las más absurdas historias. ¿Quién era Roberto y de qué vivía? ¿Cuál era su familia y quiénes sus padres?.... Observaron que desde hacía algún tiempo no salía nunca del colegio y no recibía correspondencia alguna. Un día una señora elegantemente vestida hizo llamar á Roberto al salón de recibo, donde éste se presentó después de algunas vacilaciones, saliendo de él más pálido que de costumbre. ¿Quién era aquella señora? Lo ignoraban. Nadie se determinó á preguntárselo á Roberto, que permaneció por algunos días, después de aquella visita, más agitado y sombrío que nunca. Es verdad que se sabía que el señor Burat, padre, había muerto, y que dirigían á Roberto de cuando en cuando algunas cartas de su provincia; pero esto era todo. Era preciso conformarse con estos datos, y el que quisiera saber más, debía averiguarlo.

Roberto trabajaba mucho y con constancia. Durante las noches de invierno, pedía permiso para quedarse estudiando después que la campana había dado la señal de recogerse. Este trabajo extraordinario era una hora más sacrificada al descanso por su actividad. Además de la ciencia reglamentaria que le prestaban sus profesores, se perfeccionaba, por

decirlo así, con la fecunda y fructificante instrucción que se adquiere tan sólo por la paciencia y el amor al estudio. Traducía para su interior satisfacción las *Cartas de Séneca*, que anotaba con sus propias reflexiones. Algunas veces permanecía inactivo y meditabundo, con la mirada fija, mirando sin ver los negros tableros embadurnados de tiza, ó la lista de las fórmulas químicas trazadas á pincel sobre la pared. Salía de estas meditaciones, tan pronto abrumado por ellas, como singularmente fortalecido su corazón, y dispuesto su espíritu á emprender nuevos trabajos intelectuales. No era raro verle durante semanas enteras sumergido en un profundo desaliento, y como agobiado por un inmenso disgusto. Al salir de aquella especie de estupor que le producía su debilidad, quedaba como avergonzado, y se entregaba de lleno y con más ardor que nunca al trabajo.

En el gran patio plantado de árboles en que encerraban á los colegiales, so pretexto de recreo, Roberto tenía la costumbre, cuando no se quedaba estudiando, de sentarse en un banco al pie de una frondosa acacia, y fijar sus miradas en las altas ventanas de las casas vecinas que, sobresaliendo del patio del colegio, lo enclavaban siniestramente como si fueran los muros de una prisión. Esas paredes, tras

de las cuales se ve uno libre; esas casas, en las que hay al menos un rincón en donde ocultarse para pensar, soñar ó llorar á su albedrío, ¡qué envidiadas eran por Roberto! La vida en París, la vida libre, sin vigilancia, le parecía el premio de los justos ante el Hacedor, y si alguna vez se borraba la tristeza de su rostro, era que tenía por consoladora la promesa de aquella vida que vislumbraba en lontananza, y que le hacía olvidar los tristes recuerdos que torturaban su alma. Porque á su edad, diez y seis años, la vida no se detiene en el pasado, y por mucho que se haya sufrido, hay tantas esperanzas en el mañana, que la balanza se inclina alegremente hacia el porvenir. Y en aquellos momentos de lisonjeras promesas y de dorados ensueños, su frente se despejaba como iluminada por un rayo de confianza, figurándose entonces que su vida no debía atravesar más que por un edén de placeres y de dicha. Se ponía en movimiento, como si quisiera cerciorarse de que no eran una ilusión de su fantasía, sino una realidad tangible, tan agradables ensueños. ¡Fugaz esperanza, pasajeras ilusiones! Volvía á caer bien pronto en el mismo marasmo y desaliento.

Llegadas las vacaciones, Roberto permanecía en el colegio; una ó dos veces, tan sólo,

había salido para ir, sin que se sepa á casa de quién, á Périgord. No conocía los días de salida, y rehusaba obstinadamente la hospitalidad que sus condiscípulos le ofrecían á menudo. «Son atenciones á las que yo no podría corresponder» (decía): á pesar de su obstinación en no aceptar estos ofrecimientos, no podían mostrarse ofendidos por ello. Todo lo más tenían el derecho de reprocharle una altivez excesiva, que su carácter sombrío explicaba y hacía perdonable.

Durante los meses de vacaciones se dedicaba á trabajos especiales, en tanto que sus compañeros se divertían.

Un día hubo un gran escándalo en el colegio; un discípulo externo, de ilustre apellido, y que pasaba por rico, aseguró que conocía el secreto de Roberto. La señora que había ido á ver á Burat era su madre, mujer encantadora, y muy conocida, al parecer, en ciertos círculos, y á quien más de uno tenía el derecho de tutear. La noticia era importante, y el colegial hacía de ella gran misterio, comunicándosela á sus compañeros con el mayor sigilo; á pesar de esto, circuló por el colegio con la rapidez del rayo, y aquella misma tarde era Roberto quizá el único que la ignoraba. Esta noticia le hizo perder muchas simpatías. Las preocupaciones y vanidades del mundo se en-

uentran desgraciadamente tan desarrolladas y odiosas en los colegios como en todas partes. Los peor intencionados aguzaban sus lisonjas, y sin que él se apercibiera, á pesar de su desconfianza, fué blanco de las sátiras y el escarnio de los colegiales. El Colón de la noticia estaba naturalmente en primera línea. Á él se debía el descubrimiento de secreto tan importante, y á él correspondía, por consiguiente, su explotación.

En la clase de dibujo, los discípulos tenían el privilegio de hablar, cosa que estaba prohibida en todas las demás clases. ¡Tienen tanto que pedirse! : el difumino, el cortaplumas que se presta ó se devuelve, la tinta de china que se pide ó que se da, y tantas otras cosas que van de mano en mano. En medio de los diferentes ruidos de planchas, reglas y compases, las conversaciones se reanudan ó se comienzan.

La mesa era larga, y tenía una especie de división para apoyar las planchas y los cartones. Enfrente unos de otros, los discípulos permanecían de pie, en tanto que el profesor daba la vuelta á la mesa, parándose de tiempo en tiempo para corregir los dibujos, criticarlos, aconsejar y dar ejemplo. Durante este tiempo, las conversaciones se acentuaban, cruzándose acá y allá maliciosas sonrisas. Roberto, inclinado

sobre la plancha de trabajo, daba la última mano á su dibujo, cuando oyó frente á él una fuerte carcajada. Sintiendo sobre sus párpados un peso y un calor lo mismo que si le hubieran pasado por ellos un hierro candente, levantó la cabeza, como tocado por un resorte, y dirigió una amenazadora mirada al que tenía frente á sí. El buen propagador de noticias, que en aquel momento le miraba con ironía, se encontró con la amenazadora mirada de éste, el cual notó en la del noticiero una intención maligna. Era el único que se reía; los demás callaban, y algunos se encogían de hombros, como si no hubieran querido participar de semejante insolencia.

—¿Qué pasa?—preguntó Roberto.

El joven siguió sonriendo maliciosamente, sin responder.

—¿Qué pasa, sepamos?—repitió.

—¿Qué te importa? No se habla de ti, Burat,—dijo otro de los discípulos.

—De ninguna manera (dijo el discípulo externo). Yo aseguraba tan sólo que no se puede decir de todas las mujeres lo que nosotros decíamos, sin temor á equivocarnos, de nuestra dama en cuestión.

—No comprendo una palabra,—dijo Roberto, interrogando con la vista á los que le rodeaban.

Vislumbraba, sin embargo, en aquella conversación un insulto.

—Veamos (replicó el otro, observando que le escuchaban, y que todas las miradas estaban fijas en él). ¿Podríamos señalar entre varias mujeres la que es pura? ¡No! ¡Sería una carambola!... ¡No se trata, ya lo ves, ni de ti, ni de los tuyos!...

Roberto, que había seguido esta conversación con la vista fija en su dibujo, al oír las últimas palabras, miró de hito en hito al que las había pronunciado.

—¿Qué habéis dicho?—preguntó, poniéndose sumamente pálido, y agitado por un fuerte temblor nervioso.

El otro se calló, y, encogiéndose de hombros, volvió á tomar su pincel, lo mojó desdeñosamente en el platillo de los colores, y se puso á tararear una canción de *vaudeville*.

—¡Os obligaré á contestarme!—dijo Roberto, saltando por encima de la mesa, armado de su compás.

Trataron de detenerle. Era tarde. Estaba ya sobre el insultador, y cogiéndole por el cuello, le apretó hasta casi estrangularle.

Tenía la vista extraviada, y su lívido semblante estaba contraído por sorda irritación.

—¡Os he comprendido! (dijo.) ¡Sois un miserable! ¡Un miserable! ¿lo entendéis?

Y descargó un tremendo puñetazo en la mejilla del joven. Afortunadamente, fué con la mano izquierda; á haberse servido de la derecha, hubiera dejado á su adversario sin vida. Le arrancaron en seguida de entre las manos al estúpido noticiero. Roberto, aunque estaba muy débil, arrastró tras sí á una porción de discípulos, que quedaron aterrados al ver tanta furia. Salió de esta lucha con el traje desgarrado, el cuello de la camisa hecho pedazos y acometido por un ataque nervioso. Su palidez era alarmante, y fuertes palpitaciones de corazón agitaban su pecho, haciendo temer por su vida. Cuando al cabo de un rato empezó á tranquilizarse, tenía los ojos inyectados y llenos de lágrimas, y su mirada se fijaba, como la de un loco, sobre los que le rodeaban. Se levantó bruscamente, y ahogando un suspiro y reteniendo sus lágrimas, á las que no dió rienda suelta hasta que se vió solo, se fué al patio de recreo. Uno de los profesores le encontró allí sollozando; hacía mucho frío, y el tiempo estaba de nieve.

—¿Qué hacéis aquí sin nada á la cabeza?
—le preguntó.

—Nada,—dijo Roberto.

—Pues si no hacéis nada, entrad en vuestra clase.

—¡Jamás! ¡No volveré á entrar en ella!

* Aquella misma tarde fué llamado por el director, que, acompañado del censor, y con la mayor gravedad posible, le hizo saber que tal conducta era «intolerable», y que, después de semejante acto de insubordinación, el colegio no podía consentir en su seno á quien tan mal ejemplo había dado.

—En ese caso (dijo Roberto con frialdad), me iré.

El censor miró al director con aire indeciso, y éste entonces, con tono más conciliador, trató de hacer comprender á Roberto las razones que le asistían para tomar tal determinación.

No le pedía otra cosa, para que todo se orillase satisfactoriamente, sino que diese sus excusas al colegial externo, cuya familia, con sobrada razón, podría incomodarse.

—¡Excusas! (dijo Roberto.) Él es quien debiera dármelas á mí; pero yo no me tomaré la molestia de pedírselas. ¡En cuanto á esperarlas de mí, eso es un delirio!

—Decididamente (dijo el Director con tono seco), no podemos aceptar semejante respuesta. Hoy mismo escribiré á vuestra madre y le contaré lo ocurrido. Todo alumno interno debe comprender que la sumisión es para él más que una ley.

—¡Caballero! (dijo Roberto palideciendo.)

Me iré, sea; pero es inútil que escribáis á mi madre. Me marcharé solo, ó avisaré á quien deba sacarme de aquí.

—¿Y quién es quien debe sacaros de aquí?

—Mi tutor.

Trataron en vano de obtener de Roberto una muestra de arrepentimiento. Se mantuvo en sus trece, resuelto á no ceder ni un ápice de su propósito de irse.... Además, tenía deseos de estar solo y poder trabajar á sus anchas fuera del colegio, no importa dónde, con tal de verse libre.

El sufrimiento desarrolla de una manera extraordinaria el amor tan natural en el hombre por la libertad. ¿Y qué es el sufrimiento, el dolor, más que una tiranía? El pobre Roberto había sufrido ya mucho. Los sufrimientos que datan de la infancia, no son ni los menos vivos ni los menos crueles. Son más terribles, porque, lejos de debilitarse con el tiempo, se agravan y crecen, condenando en muchos casos desde su principio una existencia entera.

Roberto reflexionó acerca de su pasado sin encontrar en él esos días de dicha y de alegría, propios de los primeros años de la vida, que con tanto placer se recuerdan en la edad madura. Tan sólo lágrimas encontraba en aquellos recuerdos. Cuando evocaba la imagen de

su padre, se presentaba á su vista una figura pálida, pensativa, dolorosa, de fisonomía abatida y triste, con la mirada dulce y tranquila. Este fantasma se sentaba, como antes, al lado de la chimenea con un niño sobre sus rodillas, á quien acariciaba, separando de su frente los rubios bucles que sobre ella caían. ¡Cuántas, cuán largas y silenciosas horas había pasado Roberto cuando niño al lado de su padre, interrumpiendo su silencio tan sólo las infantiles preguntas de éste, hechas con cierta gravedad, y á las que el padre contestaba siempre con dulzura!

Roberto recordaba que un día, mientras él acariciaba el bigote de su padre, había visto correr por sus secas mejillas una gruesa lágrima, de esas que tardan en desprenderse de las pupilas, como si temieran arrastrar tras sí un intenso dolor. «¿Lloras? (había preguntado á su padre.) ¿Porqué lloras?...»—«No, hijo mío, no lloro», le había contestado éste, llenando de besos la frente del niño, que le oyó murmurar esta palabra, incomprensible entonces para él: *¡Decepción!* En aquel instante había entrado su madre, produciendo con su vestido ese ruido peculiar de la seda, y con una sonrisa en los labios irresistible y desdeñosa.—*¡Decepción!*—repetía el niño para sí, sin comprender el significado de aquella misteriosa

palabra, que debía serle más tarde, aunque demasiado pronto para su edad, dolorosamente explicada.

Juan Burat, padre de Roberto, era ya viejo cuando se casó con la señorita Desmares. (Un casamiento de amor.) Juan, antiguo intérprete del ejército de África, se sentía agobiado, más aún por las fatigas y por las heridas, que por la edad, pues apenas contaba unos cincuenta años. Estaba tostado por el sol del desierto, la oftalmía empezaba á aparecer, y una bala que no habían podido extraerle le hacía sufrir grandes dolores en la pierna izquierda. De suerte que un alma joven y un corazón de niño animaban aquel fatigado cuerpo. Bajo tan tosca envoltura, se ocultaban los más delicados sentimientos. Una coqueta no podía amarle; pero una mujer de talento hubiera adorado en él. Juan Burat dejó el servicio en un momento de acaloramiento, lleno de indignación por no haber obtenido una cruz que creía haber ganado muchas veces con honra y valor. Volvió á Bergerac, en donde su hermano Germán, que estaba soltero, y su hermana, que acababa de casarse, le ofrecieron un asiento en el rincón de la chimenea. Juan aceptó; pero al cabo de seis meses declaró con ingenuidad que estaba locamente enamorado de la directora de correos, y que deseaba casarse

con ella. La señorita Desmares era encantadora, y no quería pasar su vida soltera. Se decidió por casarse con el antiguo intérprete, convenciéndole bien pronto de que debían irse á habitar á París. «¿Lo quieres? Sea,» dijo Burat: y despidiéndose de la familia, se fueron á París. Al poco tiempo encontró un destino en una compañía industrial, creyéndose entonces el hombre más feliz del mundo. ¡Pero el tiempo pasa! París había embriagado á la débil y vana señora Burat, que se ocupaba menos de cuidar del recién nacido que de olvidar sus inconvenientes maneras provincianas. ¡Juan, cuyos años y afecciones morales le impedían frecuentar la sociedad, pasaba las noches al pie de la chimenea, al lado de la cuna de su hijo, hablando con su esposa, ó leyendo los periódicos á la luz de la lámpara, hallando satisfechas todas sus aspiraciones. En su sencillez se admiraba de la inacción y aburrimiento de su mujer, y reflexionando acerca de esto, se acusaba de *egoísta*, y, á pesar de lo corto de su fortuna, buscó distintos medios de distraerla, aun á costa de grandes sacrificios pecuniarios que causaban su ruina. Entretanto el niño iba creciendo. Juan se había imaginado que *el hombrecito*, como él le llamaba, atraería á su mujer, á aquella vana y ligera cabeza, á cumplir los deberes

que se había impuesto como esposa y madre. El día en que echó de ver que estaba en un error, y que aquella boquita sonrosada tan imperativa, aquellos bracitos tan exigentes, aquel diminuto ser tan seductor, no ejercía poder alguno sobre su madre, inclinó tristemente la cabeza, y murmuró por primera vez la palabra *decepción*, que debía repetir tan á menudo. Se concretó entonces á querer como un loco al niño, que tenía ya diez años, y que le comprendería bien pronto. ¡Agradable consuelo! ¡Éste, al menos, me querrá! Y, en efecto, el niño adoraba al viejo Juan. Mientras más indiferente se mostraba su coqueta y vana mujer, más el niño instintivamente adoraba á su padre. Contaba éste un día, que en la ambulancia insistió mucho el cirujano en amputarle la pierna izquierda, y que sólo logró conservarla, gracias á la entereza de su carácter.—«¡Padre, si volviera á ocurrir eso, yo me dejaría cortar la mía en lugar de la vuestra! La mía es tan pequeña, que no me harían tanto daño.»

Si esta infantil ocurrencia conmovió el corazón del padre hasta hacerle llorar, en cambio hizo reír desdeñosamente á su madre. Ésta no se ocupaba apenas de la casa ni de la familia, y no pensaba en otra cosa que en el lujo y el esplendor, desconociendo por completo la dicha doméstica. ¿De dónde salía todo aquel

lujo? ¡El pobre Juan no se daba cuenta de ello!.... Una tarde llegó éste á su casa, de regreso de la oficina, triste y meditabundo. «Decididamente (dijo), mi vida se extingue y mi vista se va. ¿Qué haremos si me quedo ciego? ¡No tendremos apenas de qué vivir, y es preciso educar bien á este niño!»

Entonces pidió y obtuvo para Roberto una plaza en el colegio de Enrique IV, depositando los fondos necesarios para su educación. Su vista se debilitaba de día en día, hasta que se vió precisado á dejar el trabajo. Su mujer le veía con disgusto permanecer constantemente en casa. Le dejaba solo en su cuarto días enteros. Entonces Juan cogía un libro y leía; pero muy pronto, á causa del estado de su vista, le prohibieron la lectura. El pobre abandonado permanecía en su soledad inactivo é inepto para todo trabajo material, recordando con amargura la dicha soñada. El fruto que de estos sueños había recogido no era otro que desengaños. Pero el domingo ¡qué buen día para Juan!; ese día salía Roberto del colegio; Roberto, la alegría, el movimiento, el encanto, la vida de su padre. Desde por la mañana hasta por la noche, el niño no le abandonaba un momento; charlaba, leía, y animaba, en fin, aquel triste lugar. Cuando el niño marchaba al colegio, el silencio y la soledad volvían á

reinar en aquel aposento. El día de salida de Roberto lo era de regocijo para el padre; pero la señora Burat encontraba ridículo el que se dejara permanecer al niño encerrado todo el día en el cuarto.

—Comprendo (decía el niño); lo que mamá quiere es privarme del recreo.

Trabajaba por su padre con ardor, estudiaba, y no incurría nunca en castigo alguno. ¡Qué hubiera hecho el padre, si el niño, por estar castigado en el colegio, no hubiera ido el domingo á casa! Mientras que el padre se abstraía en estas reflexiones, la ceguera se presentó con toda su desnudez; ciego ya, se veía privado del mayor de sus placeres, que era el de contemplar las sonrisas de su hijo. Esta triste vida duró aún dos años. Un día se encontraron al señor Burat en su cama con el cráneo despedazado: en el suelo había una pistola ensangrentada, y de la crispada mano del muerto arrancó la señora Burat una carta, que descifraba el misterio del suicidio:

«Me habéis engañado.... Esperaba haber podido ahogar mi dolor; pero los muebles que me rodean están pagados por vos; he vivido de vuestra infamia. ¡Es demasiado! Que Roberto me perdone; el pobre niño no era aliado bastante á hacerme olvidar la pena que

me corroía. Además, ¿viviría yo lo bastante para verle hecho un hombre?»

La señora Burat quedó por algunos momentos aterrada.

—¡Burat lo sabía todo! — dijo.

Conocía su traición hacía cinco años; pero no se había cerciorado de su deshonra hasta una hora antes de suicidarse.

Roberto salió aquel día del colegio; cuando vió á su padre muerto, no dijo nada; no pronunció ni una sola palabra; cayó sin sentido al pie de la cama. Costó mucho trabajo volverle en sí, y no pudieron hacerle salir en todo el día del cuarto. Por la tarde dijo á su madre: «¿No habéis guardado un mechón de su pelo? ¡Pues aquí lo teneis!» La señora Burat le miró asustada. «¡Oh! Yo mismo (la dijo) se lo he cortado; no me asustan los muertos, cuando éstos son personas tan queridas. ¡Sé cuánto me amaba!»

El niño siguió el cortejo fúnebre hasta la fosa, impresionándole tanto esto, que cayó enfermo por algún tiempo. Su madre hizo que lo llevaran á la enfermería del colegio. Cuando se puso bueno y preguntó por su madre, le contestaron que había marchado á Italia, de donde volvió á los seis meses, notando entonces, con sorpresa, que su hijo no la tuteaba ya.

La misma tarde en que el Director repre-

dió á Roberto, escribió éste á su tío, que habitaba en Périgord, pueblecito cercano á Bergerac. El tío hacía algún tiempo que se encontraba en París. La carta de su sobrino le sorprendió muy desagradablemente, y fué en seguida, más disgustado de lo que aparentaba, á buscarle. Al verle Roberto, se echó en sus brazos, dando rienda suelta á sus lágrimas. — «¡Sufres, pobre hijo mío», — dijo Germán Burat. Roberto le refirió en pocas palabras la causa de su sufrimiento, y el tío no quiso que permaneciera ni un instante más en aquel colegio. Cogió del brazo á su sobrino, y le llevó á la fonda adonde había ido él á parar. Por el camino le contó Roberto lo que el tío sabía ya. Germán Burat movió tristemente la cabeza, diciéndole: — «¡Hay familias á las que la desgracia persigue! ¡Pobre Juan, pobre Elena!...»

Elena era la hermana de Juan Burat y del tío Germán. Roberto se acordaba de haber visto en uno de los últimos viajes que hizo á Périgord, cuando aun vivía su padre, una hermosa mujer que le sonreía como una madre, y á quien él llamaba tía. Vestía de negro, y sostenía en sus brazos una niña enfermiza y endeble, á quien besaba cariñosamente. Después de aquella fecha, había llevado luto por su tía Elena.

—Tu prima está en París (le dijo su tío

Germán al llegar á la puerta de la fonda). La pobre niña espera tu venida como la del Mesías. Lo que ella verá seguramente con más alegría en París, será á su primo.

Roberto encontró en ella una niña de doce años, delgada, morena, con los ojos garzos y agradables, que trató de ocultarse tras de una cortina al verle llegar.

—Vamos (dijo el tío Germán); no te comerá.—Y la empujó hacia su primo, que la besó en la frente.

—¡Es una pequeña salvaje! —le dijo, en tanto que la prima retrocedía para contemplar mejor á su primo, quedando delante de él con las manos cruzadas y la boca abierta.

Aquella misma tarde fueron los tres al teatro. El tío Germán era algo sordo, y casi siempre la niña le traducía las palabras de los actores. «Cuando yo me quede del todo sordo (decía el buen hombre), mi Enriquetita oirá y contestará por mí.»

Roberto experimentó al acostarse, quizá por la primera vez en su vida, una gran alegría. ¡Se encontraba libre! Libre de entrar, de salir, de pasar la noche leyendo ó pensando, con la lámpara encendida, de pie ó echado. No más profesores, no más disciplina. El cuarto de la fonda, con sus papeles amarillos, descoloridos y rotos en algunos lados, le parecía

flamante, comparado con aquel gran dormitorio del colegio, en que las camas colocadas en hileras se asemejaban á las de un hospital. Ya no oía los pasos regulares del vigilante haciendo su ronda antes de dormirse. Á través del tabique oía tan sólo la voz franca y cariñosa del tío Germán. Se levantó, abrió la ventana, á pesar de la intensidad del frío, y se puso á respirar el aire libre. El gas brillaba, y los desiguales pasos de las personas que se retiraban tarde á sus casas, formaban un extraño ruido en la calle. Las estrellas brillaban á través de la helada niebla que cubría París. Roberto, retirándose, cerró con sentimiento la ventana: hubiera querido permanecer en ella, absorto en la idea de que era libre por completo. Luego, la fantasmagoría del sueño le aproximaba rápidamente su vida pasada, bajo un aspecto raro; las altas murallas del colegio con sus almenas parecían sonreírle irónicamente; la melancólica mirada de su padre respondía á la desdeñosa sonrisa de su madre, y entre estas fantásticas imágenes se destacaba sonriente la débil figura de la niña Enriqueta, que le miraba de hito en hito con sus hermosos ojos garzos.

El tío Germán, que vivía de una escasa fortuna en Montravel, pasaba allí por un ser muy original. De carácter raro y extraordina-

rio, hubiera muerto de aburrimiento en el rincón de su pueblo sin un objeto que le animara. Tenía pasión por las medallas y coleccionaba las monedas; desde muy joven se había dedicado por entero á reunir estos pedazos de bronce, á los que sacrificaba su tiempo y su fortuna, diciendo muchas veces que sus medallas eran para él sus *queridas*. Las adoraba, en efecto, con amor profundo, pero no exclusivo, sin embargo, virtud muy rara en un coleccionista. El *amateur* no olvidaba por esto ni al amigo ni al pariente. Había recogido á la muerte de su hermana Elena, viuda hacía seis años, á la niña Epriqueta, que quedaba huérfana y desamparada; era el tutor de Roberto, y se le encontraba en todas partes en que la desgracia reclamaba sus auxilios. ¡Y cómo le afligían estas desgracias cuando meditaba en su soledad!

Decía que *la limosna* era una *restitución*. Era demócrata, filósofo y libre-pensador; con el pensamiento henchido de sistemas y de carácter excéntrico, tenía un excelente corazón y un alma elevada. Hacía la oposición voluntariamente al municipio; cuestionaba con el alcalde, porque hacía demoler el viejo castillo de Montravel, para construir nuevas casas con las viejas piedras; se las mantenía tiasas con el cura, y contradecía al juez de paz, á pesar

de lo violento del carácter de éste. En fin: era uno de esos hombres que animan á todas las clases de la sociedad, cuestionando con unos, discutiendo con otros, y burlándose de todos. Amaba tanto el rincón de la provincia en que vivía, el campanario de su pueblo, sus comedias y todo lo que pertenecía á él, que no podía menos de reír cuando le hablaban de París.—«Todo tiene su parecido en el mundo (decía); y yo prefiero ver la vida á través del microscopio, á verla por los cristales del telescopio. Cuestión de temperamento.»—En lo físico, el señor Burat era alto, seco, un poco cojo y con las piernas algo arqueadas, resultando un conjunto desgraciado, aunque no desagradable del todo; viejo ya, pero espiritual y de agradable fisonomía, tenía los cabellos finos como la seda, y empezaban á blanquear. Su mirada era viva y alegre; su vida tranquila y exenta de remordimientos. Había ido á París con la esperanza de encontrar alguna rareza, alguna maravilla en medallas ó monedas para su colección.... Soñando en lo imposible y lo perfecto, se levantaba muy temprano, y, cogiéndose del brazo de la niña Enriqueta, corría las plazas, parándose en todas las tiendas de antigüedades. ¡Cuántas veces había interrogado á los anticuarios acerca de sus medallas!—«París (decía el tío Germán)

es una mina de oro explotada diariamente. Sin embargo, en nuestro lugar, con ser tan pequeño, se encuentran sus pepitas.»

Su colección era verdaderamente importante, gracias á los lentos descubrimientos hechos á fuerza de años, y gracias también á los aldeanos, que, aunque con poca frecuencia, le llevaban algunos fragmentos de medallas ó monedas encontrados en tierras recientemente cultivadas. El señor Germán se sonreía entonces, encogiéndose ligeramente de hombros, y se burlaba de los parisienses, que creían ser los primeros en saber descubrir estos objetos antiguos.

Desde que su tío estaba en París, Roberto salía á la calle sin objeto fijo, yendo allí donde el azar le llevaba, saboreando su nueva vida. Le preocupaba el camino que había de trazarse para lo sucesivo. Esta vida de ociosidad daba ocasión á que sus pensamientos comenzasen á extraviarse voluptuosamente, pensando, además, con alegría en su independencia. Esto duró poco.

El tío Germán se aburría en París. Sus caprichos no estaban satisfechos. Echaba de menos á Montravel, á aquellas buenas gentes que le saludaban llamándole por su nombre, y los paseos que daba á caballo, respirando el aire libre de aquel cielo encantador para él.

Una mañana quiso realizar uno de esos caprichos que tan á menudo le asaltaban. El hecho ocurrió frente á la fonda en que vivían, cerca del mercado de San Honorato. Allí había una vendedora de sopa, que todos los días, á las nueve, servía el almuerzo á los obreros de la vecindad, unos albañiles que trabajaban por la parte de San Roque. Este almuerzo se componía de sopa, carne, algunas legumbres y un vaso de vino. La vendedora no tenía más que eso en su tienda; el tío Germán, frotándose las manos y con una sonrisa de satisfacción, compró el total de las provisiones de que disponía la mujer: toda la carne, todo el caldo y todas las legumbres, pagándose en el acto. Á las nueve llegaron los obreros, como de costumbre.

—No tengo nada para vosotros hoy. Está vendido todo,—les dijo la vendedora.

—¿Cómo que nada? ¿Pues y esa sopa, esa carne y esas legumbres?

—Todo está vendido.

—¿Á quién se lo habéis vendido?—exclamaron los obreros, que empezaban á agruparse en actitud nada pacífica.

—¿Á quién? Á ese señor,—contestó la mujer, señalando al tío Germán, que se reía á carcajada.

Los obreros, viéndose burlados, le rodearon en son de amenaza.

—Y bien, sí, amigos míos (les dijo entonces); está comprado por mí, porque deseo convidaros á almorzar hoy, y, si me lo permitís, beberemos juntos.

Esta proposición fué aprobada por unanimidad. La multitud, ya calmada y tranquila, reía y aplaudía al invitador; pero bien pronto se presentaron allí los agentes de policía, preguntando la causa de aquella reunión y su objeto. Germán, viéndose apoyado por todos, contestó con mucha altanería y con tono despreciativo. Los agentes de la autoridad, al verse de tal manera tratados, se lo llevaron á la prevención.—«¡Dejadle, dejadle! (decían los obreros.) ¿No véis que está loco?» Le soltaron, en efecto, una hora después. Un tanto calmado de su excitación nerviosa, pensó entonces en la marcha á Montravel, y preguntó á Roberto qué era lo que había decidido hacer. Cualquiera que fueran los propósitos de éste, no había podido formar su composición de lugar respecto al porvenir. La mayor parte de los jóvenes, sobre todo en esta época de turbulencias por que atravesamos, tiene tan grandes aspiraciones, que la proposición más halagüeña y ventajosa palidece al lado de éstas. Roberto se había prometido á sí mismo consagrar su existencia entera á la defensa de la verdad, de la justicia y de esas sublimes abstracciones

que deben llegar á ser las divinidades de estos tiempos. ¿Pero cómo servir esta causa? Lo ignoraba. Creía sin duda que todos los hombres, cualquiera que fuera su posición, debían sacrificarse por esta idea: la idea de libertad. Pensaba bien al pensar así; pero olvidaba un punto de gran interés, que era trazarse el camino que había de seguir: lo que él quería era llegar al fin, sin preocuparse de los medios de conseguirlo. Cuando el tío le presentó el problema del porvenir, obligándole á contestar categóricamente acerca de sus propósitos, dijo que quería ser abogado, aunque no tenía la facilidad de palabra ni la flexibilidad de sensaciones ni de sentimientos que requiere la toga, guardando en su interior el propósito de dirigir sus pasos por un camino enteramente opuesto al que había dicho á su tío. El tío Germán pareció quedar satisfecho de los deseos de su sobrino, y le habló de un nuevo colegio; pero Roberto, que iba á cumplir veinte años, le dijo que él podía ya vivir solo, y completar sus estudios, ya acabados, con el examen, para lo cual podía prepararse por sí mismo. En cuanto á la vida material, ganaría para sostenerse como pudiera, bien dando lecciones, ó bien trabajando algunas horas en oficinas particulares.

—No te preocupes por eso (le dijo el tío

Germán). ¿No estoy yo aquí?... Haré cuanto sea preciso para ayudar á mi sobrino á pasar la línea de los adocenados, y llegar á valer, llegar á ser un grande hombre.

—¡Un grande hombre! (dijo Roberto, moviendo la cabeza.) ¡Es mi sueño dorado!...

En sus fantásticos ensueños del porvenir, Roberto no se acordaba nunca de su madre; pero cuando volvía en sí de su letargo, se avergonzaba al recordarla. Este era su secreto sufrimiento, que Germán Burat nunca adivinó. Llegada la hora de la marcha, Germán llamó á su sobrino:

—Traje de Montravel (le dijo) dos mil quinientos francos, y habré gastado apenas mil: aquí tienes lo que me queda; es poco, pero en cuanto llegue allá te escribiré enviándote lo que necesites.

Roberto no quería tomarlo; pero su tío se encolerizó, y se lo hizo coger. Tomó en alquiler para Roberto un cuarto amueblado en el Barrio Latino, que examinó detenidamente antes de marcharse. La pequeña Enriqueta se había encargado de arreglar bien los muebles y limpiar el reloj, colocándolo todo en tan buena forma, que probó con esto que llegaría á ser una mujer de su casa. Cortó papeles de color de rosa para las velas, é hizo una pantalla que colocó en la lámpara.

—¡No acostumbres á tu primo al lujo!— dijo Germán.

Quando se separaron y abrazó Roberto á su tío y Enriqueta, ésta lloraba sin consuelo, sobre todo en el momento en que el mayoral de la diligencia dió la orden de marcha al postillón. Roberto quedó silencioso, inmóvil y con el corazón oprimido.

—¡Solo!—exclamó.

Y entonces resonó lúgubrememente en su interior, al lado de la hermosa palabra *libertad*, aquella otra palabra que hasta entonces había sido para él tan agradable, y en que tanta amargura encontraba ahora: la palabra *soledad*.

II.

La calle de Correos es una calle tranquila, un tanto desierta y de aspecto monacal por la vecindad de los conventos: los hoteles son raros en esta calle, y la mayor parte de las casas permanecen cerradas casi todo el día, asemejándose con esto mucho á los edificios religiosos. Este silencio que allí reina permite trabajar tranquilamente, á pesar de estar en el centro del Barrio Latino y á dos pasos del co-

legio de Derecho y de la *Sorbonne*, y cerca también de la plaza de la *Estrapade*. En la calle de Correos era donde vivía Roberto. La galería de su cuarto, que estaba en un quinto piso, daba á la plaza de la Escuela, y estaba rodeada de chimeneas. Desde allí veía la elevada cúpula del Panteón con su dorada cruz, que brillaba al reflejo del sol, deleitándose al contemplar aquel horizonte. Su reducido y casi desamueblado cuarto le parecía un palacio. Una cama de nogal, dos sillas, una mesita-escritorio, unas cuantas tablas formando librería, una chimenea adornada por un reloj de bronce, dos candeleros, un espejo tan sumamente deteriorado, que la ausencia del azogue le hacía formar multitud de grietas, y dos ó tres cuadros que representaban escenas tristes, constituían todo su mobiliario. El piso estaba muy mal encerado, y la puerta embadurnada con multitud de inscripciones hechas por los anteriores inquilinos. Esta mezcla de objetos de tan mal gusto constituía á los ojos de nuestro joven la vivienda más agradable del mundo. Y esto consistía en que, fuera de allí, no había disfrutado del placer ni de obrar, siguiendo sus inclinaciones y con la libertad de que gozaba ahora. Contemplaba aquellos viejos muebles con cierta cariñosa simpatía. ¡Cuántas veces había permanecido al lado de